

MÍLADA BAZANT y JAN JAKUB BAZANT, *El diario de un soldado: Josef Mucha en México, 1864-1867*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, México, Miguel Ángel Porrúa, 2004, 147 pp. ISBN 9707014369

Clima frío alternando con lluvia [...] La gran mayoría vomita hasta el alma [...] La carne [...] es tirada por la mayoría fuera de borda, ya que el olor a putrefacción, el color verde y los gusanos hacen imposible comerla [...] Llovió todo el día y toda la noche... Recibí 4 reales de sueldo por escribir [...] todo como en mi pueblo [...] Para variar, nuevamente hace 3 días fusilaron a 2 civiles [...] lo mismo que el año pasado [...] Prosigue la lluvia [...] Así pasa todo en este lugar, sin que podamos disfrutar nada de esto, por lo diferente que son nuestras costumbres.

El texto de Josef Mucha, en telegráfica prosa, da prueba del lado oscuro de esas guerras decimonónicas que, so pretexto de cargar con el fardo del hombre blanco, dieron pie a que los imperios se repartieran al mundo. Bien lejos estamos de la gloriosa crónica bélica, que relata hazañas en que la sangre generosa de los héroes fertiliza los campos. Raras veces incluso, aparece el exotismo que nuestro protagonista esperaba al partir para México. La guerra de Mucha es, sobre todo, burocrática, aburrida, vulgar y repulsiva. La “aventura mexicana” del moravo que se enlistara ilusionado en el Cuerpo Austriaco de Voluntarios combina el tedio de la teneduría de libros con una violencia que de recurrente se ha vuelto apenas más interesante que el clima, o que un mexicano temblor. *El Diario* enfrenta la distancia que separa al europeo del “otro”, americano e indígena, con la cercanía de quien reconoce a sí y a los suyos, en la devoción y en la fiesta de tan lejanas tierras. Y es precisamente porque describe ese conflicto gris, apantanado y ciego que viviera el soldado raso, que este *Diario*, publicado por El Colegio Mexiquense y Miguel Ángel Porrúa, editado con un estudio introductorio de Mílada y Jan

Jakub Bazant, abre perspectivas distintas dentro de las visiones que nos han dejado las numerosas obras testimoniales que se escribieron en torno al imperio de Maximiliano.

La intervención francesa y el imperio de Maximiliano han hecho correr mares de tinta. Lo colorido del episodio, lo trágico de su desenlace empujaron a muchos de los que lo vivieron, a dejar constancia de sus experiencias por escrito. Se cuentan más de treinta y cinco obras testimoniales publicadas en esa época, la mayoría escritas por hombres y mujeres que venían de fuera.¹ En ellas, estos viajeros —oficiales franceses, alemanes, belgas, húngaros, una princesa austriaca y una acróbata estadounidense— se maravillaron ante la naturaleza mexicana, se sorprendieron ante lo exótico de una población abigarrada, criticaron sus costumbres, deploraron su atraso y pobreza. Pero sobre todo, la literatura testimonial de la época busca justificar la participación de los protagonistas en una aventura militar y política que terminó con la derrota de “los primeros soldados del mundo” y el fusilamiento de un archiduque austriaco en un cerro pelado en las afueras de Querétaro.

Así, estas obras testimoniales buscan, sobre todo, exonerar, echándole la culpa a otro: se condena la perfidia del mariscal Bazaine, la indecisión y la ceguera de Napoleón III, la crueldad y corrupción de sus soldados, el idealismo de Maximiliano, la intromisión de Carlota, la traición de los mexicanos que fueron imperialistas, la estulticia de éstos en general. Por su parte, Josef Mucha se ocupa poco de errores tácticos, o —con excepción de una carta, copiada al final de *El Diario*, a su hermano Leopold— de incompatibilidades políticas. Describe las experiencias de un hombre para quien el Cuerpo de Voluntarios representaba, so-

¹ Véase la bibliografía elaborada por Armando RUIZ y Paola VILLERS, en Erika PANI, *Pasado de usos múltiples. Las historias del Segundo Imperio*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, Fondo de Cultura Económicas, 2004.

bre todo, vehículo de movilidades social y económica. Desprovista de la cáscara retórica que alude al honor nacional y a la lucha por la patria, en la guerra de Mucha —como debe haber sido la de tantos otros—, ni invasores ni invadidos parecen tener vela en el entierro, lo que de ninguna manera los aísla de una violencia devastadora y deshumanizante, que carece de sentido. Así, Mucha describe con ecuanimidad cómo, con uno de sus camaradas, se “despacharon” —dieron muerte— a “cinco piezas” —cinco indígenas— que, suponemos, pero no sabemos a ciencia cierta, habían intentado asaltarlos (p. 87).

En su mayoría, las obras testimoniales —sobre todo aquellas que se escribieron después de la caída del imperio— son crónicas de un fracaso anunciado. En cambio la de Mucha representa una descripción, al ras del suelo, de la debacle desorientada de una misión militar cuyos objetivos de por sí estaban poco claros. Los soldados austriacos se ven obligados a regresar a casa —pocos fueron, imaginamos, aquellos que accedieron a permanecer y unirse al ejército imperial mexicano, incluso cuando se les ofrecieron tierras a cambio—, y salen desordenadamente, vendiendo todo —“armas, monturas y materiales”— para saldar deudas. Durante la retirada a Veracruz, al regresar al cuartel, cuenta Mucha, los voluntarios “se [tambaleaban] de derecha a izquierda [gritaban, cantaban] que [querían] regresar a Europa [bailaban y se revolcaban]. No se [distinguía] al oficial del soldado”.

Por otra parte, Mucha ve, en el fin de su aventura mexicana, más la traición casi personal de un compatriota que el fracaso de un experimento político: el príncipe “no [era] ya el emperador austriaco, el Duque Max, sino una pelota de los curas y de los franceses” (p. 106). Maximilano había fracasado por haber hecho todo “con demasiada poca pompa”, y no haberse vestido con “trajes rojos, verdes azules, todos con mucho oro y mucha plata” (p. 116). Aquí llama la atención que, como en tantos otros cronistas de la época, la imagen del archiduque austriaco se des-

dibuja, hasta adquirir los rasgos que convienen a la lógica del relato que armara cada quien. Así el Maximiliano del historiador y político conservador Francisco de Paula Arrangoiz es un liberal rabioso, que promulga leyes con el único objetivo de quedar bien en Europa, mientras que el de los historiadores liberales —José María Iglesias, José María Vigil, Justo Sierra y Francisco Bulnes— tiende a ser un hombre bien intencionado, no particularmente inteligente “[...] y tan débil, que no puede ser sino títere del jefe del ejército invasor y de la vil reacción. El de Mucha es un hombre bueno que se ha pervertido, dejando de ser ‘austriaco’”.

Si mucho de lo valioso de la obra de nuestro autor radica en que se trata de la visión austera de un soldado raso —no es ascendido al grado más bajo de la oficialidad, sino hasta marzo de 1866—,² no debe despreciarse su importancia como un ejercicio de construcción de identidad que nos da acceso a las impresiones y preocupaciones de ese actor histórico a la vez imprescindible y escurridizo: el hombre “común y corriente”. El cuidadoso y a veces detectivesco trabajo que realizaron Mílada y Jan Jakub Bazant rescata al “soldado de Telě” del anonimato, para describirnos a un hombre de origen humilde, de educación elemental, que gustaba del bien vestir y de adornar sus frases con los acentos más rebuscados de la literatura popular. Además, tenemos la suerte de poder verle la cara, gracias a tres fotografías incluidas en esta linda edición. Pero *El Diario* mismo encarna el esfuerzo de un hombre “como tantos” por “ser alguien”, por distinguirse, por trascender, esfuerzo que se articula en torno de dos vertientes.

Por un lado, la de ser un “mexicano”, uno de aquellos que tuvieron la suerte de ser seleccionados para el *Corps* de voluntarios. Mucha nos cuenta orgulloso que de los 31 solicitantes que se presentaron con él en el cuartel de Laibach, sólo seis fueron seleccionados, resultando él “apto” (p. 51).

² BAZANT y BAZANT, p. 31.

Me impregna —escribe ya en el barco rumbo a México— la ilusión de viajar hacia donde viajarían miles, si el destino se los hubiera permitido; la idea de conocer un país que le es imposible de conocer a millones de mortales, en parte por lo largo del viaje, en parte por falta de recursos.

Incluso, tras el rotundo fracaso de la expedición, su estancia allende el mar lo transformaba, en su opinión, en un personaje, con cosas que contar. En la carta a su hermano advierte: “Si quieren saber algo sobre México, sea de la vida política o social, me pueden preguntar por carta, porque no estoy pensando en este momento en todo lo que les puede interesar. Me formé una idea amplia en México y podría contarles sobre muchas cosas” (p. 122).

Por el otro lado, está la acción misma de plasmar por escrito sus vivencias. En los diarios y cartas de esa época, nos dice Míladá Bazant, “se desnuda el alma y la pluma recorre un presente que calibra con un prisma personal que observa, que piensa y que siente” (p. 128). Además, aquel que a la escritura se entregaba hacia lo efímero permanente; convertía la experiencia personal en legado, si no universal, por lo menos familiar. De ahí, suponemos, el enorme cuidado que tuviera Mucha al redactar su *Diario*, elaborando borradores con lápiz, para reescribirlos con pluma, evitando tachaduras y enmendaduras, sin arrancar una sola hoja y encuadernando el texto final. Difícil es para nosotros, miembros de sociedades casi totalmente alfabetizadas, ponderar el peso emocional y simbólico que debe haber tenido poder dejar constancia permanente de lo vivido, para un hombre como Josef Mucha, quien posiblemente perteneciera a la primera generación, dentro de su familia, que supiera leer y escribir. Así, el soldado moravo escribía, como decía a su hermano, “del pasado, para tu ilustración y enriquecimiento y su conservación en el sagrario del conocimiento” (p. 116).

Un testimonio como el de Mucha adquiere verdadero peso y densidad como documento histórico cuando se inserta en un contexto que va más allá del relato de lo que sucedió en México entre 1861-1867. Para quienes se interesan en el periodo, esto significa comparar y contrastar las motivaciones, ambiciones, y visiones del mundo de aquellos súbditos del emperador de Austria-Hungría, del rey de los belgas, o de Napoleón III, que abandonaron su país para participar en la “aventura mexicana”. Conocemos los designios del emperador de los franceses; intuimos las razones por las que Francisco José puede haber aceptado enviar un destacamento de voluntarios austriacos al hermano menor que estaba renunciando a sus derechos sobre la corona de los Habsburgo; imaginamos que Leopoldo de Bélgica haya querido apoyar, más allá de lo moral, el proyecto de su hija y su yerno. Pero, con excepción de la oficialidad francesa,³ sabemos muy poco sobre quiénes eran estos hombres, de dónde venían, y por qué emprendieron el viaje a tierras mexicanas.

La situación de cierta forma anómala de estos belgas, franceses, húngaros, alemanes y polacos que participaron en esa guerra extraña, que no era ni de conquista, ni de defensa del territorio patrio, hace de sus textos un campo privilegiado de observación. Tratando de rescatar aquello que los vincula de lo que los distingue, mucho podremos descubrir, sobre el sentido que en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX había adquirido la carrera militar, sobre la construcción de nacionalismos y patriotismos, sobre las bases de la lealtad política, al tiempo que surgía la guerra moderna, que despertaban las “naciones” y que las potencias europeas se lanzaban a la carrera colonialista. No obstante,

³ Jean MEYER, *Yo, el francés. La intervención en primera persona: crónicas y biografías*, México, Tusquets, 2002 y Berta FLORES SALINAS, *Cartas desde México: dos fuentes militares para el estudio de la intervención francesa en México, 1862-1867*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.

aunque *El Diario* no está enmarcado por este tipo de ejercicio, el de Mucha es un documento entrañable, cuya publicación es bienvenida.

Erika Pani

Centro de Investigación y Docencia Económicas

PABLO YANKELEVICH, *La revolución mexicana en América Latina. Intereses políticos, itinerarios intelectuales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003, «Historia Internacional», 175 pp. ISBN 9706840788

Las revoluciones rusa y mexicana estallaron con pocos años de diferencia. Sin embargo, basta un vistazo para notar que sus efectos en América Latina no pudieron ser más distintos. Para los revolucionarios rusos, su movimiento era un modelo para todo el mundo y, sobre todo gracias a su apoyo, se crearon partidos comunistas en toda América Latina con el objetivo de replicar lo que ocurría en Rusia. A diferencia de los revolucionarios rusos, los mexicanos nunca consideraron su levantamiento como un modelo para el resto del mundo, ni siquiera para América Latina, y nunca intentaron armar movimientos políticos parecidos al suyo. En consecuencia, se suele suponer que la revolución mexicana prácticamente no tuvo efecto en América Latina, por lo menos durante los primeros veinte años.

Este asombroso y original libro de Pablo Yankelevich revela que de ningún modo fue así. La revolución mexicana ejerció una influencia profunda en muchos intelectuales latinoamericanos y, por medio de ellos, en sectores más amplios de la población, sobre todo las clases medias y los estudiantes. El libro también demuestra que los presidentes mexicanos, desde Venustiano